

Emilio Carballido

EL FINAL DE UN IDILIO

Comedia en tres estampas

Escrita en ocasión del centenario de Amado Nervo
y basada en textos suyos¹

Dedicada a Rafael Esteban, actor
1969



PERSONAJES:

LUIS SUÁREZ (14 años)
ALFONSO M. P. (de 13 a 15 años)
LOLA IRIARTE (12 años)
EL PADRE MACARIO (maestro y prefecto)
LA HERMANA SARA (maestra y prefecta)
EL PADRE SUPERIOR
UN NIÑO
OTRO NIÑO

La acción en dos colegios vecinos, manejados por la misma orden religiosa. En la ciudad de México, 1884.

NOTA: Dar los papeles principales a muchachos mayores de la edad acotada, implicaría destruir cualquier posible efecto de la obra.

¹ El material usado es un cuento homónimo, del volumen "Almas que pasan" y páginas de la muy temprana adolescencia de Nervo: trozos de sus "Apuntes autobiográficos" y algunos versos también incluidos en "Mañana del poeta", que a veces oímos literalmente.

ACTO ÚNICO

El foro de una escuela. Probablemente una tarima improvisada en el extremo de un viejo salón, aunque podría tratarse de un teatrillo más elaborado. Media luz; un fascistol, a un lado del foro, muestra un letrero: "¿De blanco... o de negro?" Entra un cura joven con las manos muy ocupadas: ha improvisado unas candilejas con hojas de lata y lámparas de petróleo: las coloca, las enciende una a una y se encanta. [Un niño puede ayudarlo en esto.] Cruza las manos, ve en torno:

PADRE MACARIO. Hermana Sara. Hermana. Venga a ver el efecto.

Suavemente, luz general a la escena. La hermana entra persiguiendo, enojada, a un ángel [una niña de 12 años] con alas blancas y túnica bordada.

HERMANA SARA. No corras, ven. [La pesca, le arregla algo a la ropa]

LOLA. Ay.

HERMANA SARA. No grites.

LOLA. Es que me picó usted con el alfiler.

HERMANA SARA. Ofrece el dolor a Dios y estate quieta.

PADRE MACARIO. Hermana, mire. Parece un teatro de verdad.

HERMANA SARA. Ojalá no vaya a haber un incendio. Le quedó bien el traje a esta niña, ¿verdad?

PADRE MACARIO. Muy bonito. A ver, camina, criatura, como si volaras. ¿No tiene un ala chueca?

HERMANA SARA. Un poco, sí...

Sale tras la niña, que se ha ido revoloteando. Sale Macario tras ellas. Entran, muy cautos, Luis y Alfonso. Se sientan en el filo del proscenio, entre las candilejas. Alfonso está acabando de leer una carta.

ALFONSO. ¡Qué bonita carta! ¿De dónde la copiaste?

LUIS. Yo la pensé toda.

ALFONSO. "Mucho pienso en tí durante el día, pero entregado a los prosaicos quehaceres del escritorio, en medio de un calor sofocante, no quiero alimentar ese recuerdo, reservándome para dedicarle su culto luego que empiece agonizar la tarde. ¡La tarde! No te enceles, ella es, como tú, la amada de mi alma..." ¿Y cómo vas a dársela?



LUIS. Ahora que ensayemos. Ayer le di otra.

ALFONSO. ¿Y qué te dijo?

LUIS. Nada. ¿No ves que todo el tiempo están viéndonos?

ALFONSO. ¿Y entonces cómo vas a saber si te corresponde?

Esto deja muy pensativo a Luis, que mueve la cabeza y se muerde varias uñas. Sin que lo adviertan, entra el padre Macario.

PADRE MACARIO. ¿Qué tanto hablan allí? [*Los niños respingan*]

LUIS. Estamos repasando los versos, padre.

El padre asiente y sale.

ALFONSO. ¿Que te conteste con el lenguaje de las flores!

LUIS. ¿Y si no lo sabe?

ALFONSO. Explícaselo en otra carta.

LUIS. Yo tampoco lo sé.

ALFONSO. Ah. Qué lástima. Yo tampoco.

Pausa. Meditan.

LUIS. ¡Ya sé, ya sé! [*Y escribe con lápiz unos renglones al final de la carta*]

ALFONSO. ¿Qué le dices?

LUIS. Que a las cinco de la tarde se asome al balcón, enfrente de nuestro dormitorio. Si me ama, se vestirá de blanco. Y si me rechaza... [*Suspira*] de negro.

ALFONSO. Qué buena idea.

Luis termina de redactar mientras el otro lee por encima de su hombro. Disimulan, han entrado los maestros poniendo algunos trastos: una columna con un macetón de helechos encima, teloncito de paisaje, cortinas, etc., lo que les ha parecido propio.

HERMANA SARA. Niña, no olvides cuándo es tu entrada.

PADRE MACARIO. Niños, a sus lugares.

Ven si todo está listo, se retiran a observar el ensayo, toman sus lugares Luis y Alfonso.

ALFONSO. [*En tono de narrador*] Alondras que cantan, palomas que lloran

corrientes que saltan rizadas en ondas
de vago arrebol;
¡aurora rosada que baña de aljófara
las flores tempranas que cándidas brotan
al beso del sol!

LUIS. [*Actúa los versos, haciendo apartes cuando se indica*]
¡Qué bella mañana, qué grato silencio!

[*Aparte*]

Cuando esto exclamaba, con plácido acento
me dijo una voz:

Entra Lola, revoloteando.

LOLA. [*Angelicalmente*]: Hay algo más puro, más noble, más bello.

LUIS. ¿En dónde?

LOLA. ¡Muy lejos!

LUIS. ¡Decidlo!

LOLA. ¡En el cielo!

LUIS. [*Aparte*] Clamó suspirando. Después se alejó.

Lola se aleja con gestos de vuelo.

ALFONSO. Más tarde, las nubes teñidas de rojo
del sol moribundo vagaban en torno;
ni un leve rumor...
Tan sólo a lo lejos el bronce medroso
del Angelus daba los toques sonoros...

LUIS. [*Aparte*] La Voz suspiró.

LOLA. [*Suspira honda y desgarradoramente*]

LUIS. ¿Quién eres? [*Aparte*] Le dije.

LOLA. Soy tu ángel.

LUIS. [*Admirado*] ¿De veras? [*Le hace conversación*] Qué bella es la tarde, ¿verdad?

LOLA. Sí, muy bella
pero hay un lugar
más bello que todo.

LUIS. ¡Pues llévame!

LOLA. Espera...

LUIS. ¿Do se halla?

LOLA. Muy lejos...

LUIS. [Aparte] Y alzando la diestra mostróme los cielos y echóse a volar...

Lola le mostró los cielos y va a salir revoloteando; él tiende con desconsuelo los brazos hacia ella: aprovecha para enseñarle la carta. Susto de ella, que sigue aleteando y se desconcierta, se tropieza con algo. Él va a detenerla y le da el papel. Ella niega, lo rechaza...

PADRE MACARIO. [Avanzando a ellos] ¿Qué sucede? ¿Ya no sabes caminar?

LOLA. Es que antes no estaba esto aquí, por eso me tropecé.

El padre revisa los trastos. Lola recibe al fin la carta. El padre da palmadas y entran dos niños vestidos de marineros, traen un barquito de dos dimensiones.

PADRE MACARIO. [Mientras] Faltan cuatro días para el santo del Padre Superior.

HERMANA SARA. [Acercándose] Esperemos que no nos hagan quedar mal. [A Lola] Tú ya terminaste por hoy. Vamos, y buscas a Teresita para que venga. Y trata de ser más expresiva.

La niña y Luis se lanzan miradas asustadas, intencionadas, cómplices. Luis hace el gesto "cinco" con los dedos. Ya están acomodando el barquito, muy inepto, con velas. Mientras la hermana y Lola salen por la luneta, Luis, Alfonso y los niños se instalan: aquéllos y uno de los recién llegados van a remar, mientras el cuarto recita en la proa. Se supone que hay tormenta.

NIÑO. [Con grandes gestos] La noche está muy negra,

LUIS. [Quedito y aprisa interpola] Por arriba.

NIÑO. La tempestad avanza.

LUIS. [Id.] Por abajo.

NIÑO. Estrella de los mares:

LUIS. [Id.] Por arriba.

NIÑO. ¡Ilumina las aguas enlutadas!

LUIS. [Id.] Por abajo.

NIÑO. Piedad para el marino.

LUIS. [Id.] Por arriba.

Antes de que Luis pueda seguir interpolando su chiste [lo hacía en beneficio de Alfonso, que no puede aguan-

tar la risa] reapareció el Padre Macario agarrando una oreja de cada uno y sacándolos de la embarcación y del foro. El niño que recita ve todo con el rabo del ojo pero no calla por miedo a que le ocurra lo mismo; el otro sigue remando con más ímpetu.

NIÑO. [No se ha interrumpido] Que lejos de su patria... [Leve titubeo, aquí fue donde ocurrió el incidente]

con encrespadas olas
en débil barco sin cesar batalla.
Estrella de los mares,
celeste y suave lámpara,
tus pálidos reflejos
sobre el oscuro piélago derrama.
Estrella de los mares,
María Inmaculada,
bendígate ferviente
de los pobres marinos la plegaria...

Termina arrodillado en gran gesto. Se ven el remero y él: sacan de escena el barquito. Entran la hermana y el padre recogiendo trastos con rapidez.

PADRE MACARIO. Acomídanse, niños, saquen eso. Ayuden...

Los dos niños vuelven corriendo y ayudan. Se apagan todas las luces, quedan sólo las candilejas de petróleo. Entre niños y maestros es montado un cuarto pequeño, con un balcón en primer término, que ve hacia la luneta. Traen una mesa y dos sillas, salen. Entran Luis y Alfonso, se ponen a escribir. Luz de día. Luis revisa las páginas que ha llenado y cuenta frase por frase.

ALFONSO. ¿Cuántas llevas?

LUIS. Ciento treinta.

ALFONSO. Ya nada más te faltan... ochocientos setenta. ¿A qué horas le dijiste a Lola?

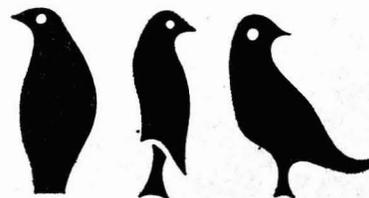
LUIS. A las cinco.

ALFONSO. Ya no vas a saber hoy si te quiere o no.

LUIS. Sí voy a saber.

ALFONSO. Estamos encerrados con llave... Y nos van a soltar hasta que terminemos. No hay nada que hacer.

LUIS. [Enfático] Yo no nací para la calma. Nací para la lucha y el porvenir me ofrece un ancho campo de batalla... [Hace señas de "verás" y va a la puerta, escucha; grita]:





¡Alfonso, te sientes mal! Es terrible, tu semblante se descompone. ¡Parece que fueras a morir!

ALFONSO. [Alarmado] ¿Yo? [Se palpa el rostro, se toca el pecho]

LUIS. [Quedo] Anda, pon cara de moribundo, tírate al suelo.

Alfonso se encoge de hombros y hace gestos de "yo no, qué". Luis toca la puerta.

LUIS. ¡Socorro, socorro, Alfonso está muy mal! [Pausa] No hay nadie cerca. ¡Y van a dar las cinco! [Da vueltas por la pieza] Ella va a estar de blanco en el balcón y yo no voy a verla. ¿O irá a estar de negro? [Trae en la bolsa un reloj de molleja: lo ve] ¡Son ya las cinco y cinco! ¿Estará de blanco... o de negro?

Sin dudar más va al balcón y se prepara a saltar.

ALFONSO. ¡No, Luis, no es para tanto! ¡No vayas a matarte!

LUIS. Me voy por la cornisa hasta nuestro balcón. Tengo que ver cuando ella se asome.

Y salta el barandal. Alfonso, aterrado, observa el viaje desde dentro. La cornisa es el filo del proscenio: con actitudes de peligro y equilibrista Luis llega hasta el extremo izquierdo del proscenio y allí espera acurrucado: se oye un reloj dar las cinco. Luis ve el suyo y con mil trabajos lo pone en hora. [Es modelo en que debe abrirse la tapa y jalar una palanca para cambiar las manecillas.] Luis espera... En el otro extremo del proscenio aparece Lola: vestida de azul. Con la impresión, Luis casi se cae. Ella se hace la distraída, pasado el susto de ver a Luis en la cornisa. Suspira, ve en torno, se toca el pelo, se siente muy interesante. Se va.

LUIS. [Atónito] ¡De azul! ¿Y qué querrá decir con eso?

Aparece de pronto, atrás de Luis, el Padre Macario. Trae en la mano una jaula con dos periquitos: la cuelga casi encima de Luis, cuando éste se levanta, hundido en la perplejidad, y tropieza con la jaula. Susto atroz del maestro.

PADRE MACARIO. ¡¡Suárez!! ¿Quiere decirme qué hace usted aquí?

LUIS. [Casi se cayó] ¿Yo, padre?

PADRE MACARIO. Se supone que está usted encerrado en el cuarto de castigos. ¡Por poco me mata a los periquitos del padre superior!

LUIS. Yo estaba allá, pero... pero es que... vine a buscarlo, para avisarle... avisarle que Alfonso no se siente bien. Por eso salí. Porque Alfonso...

PADRE MACARIO. ¿Por eso salió a pasearse por la cornisa, verdad? Imprudencia, temeridad, desobediencia y estupidez. Desafía usted a la Divina Providencia, poniéndose en peligro de muerte. ¡Y poniendo en peligro de muerte a los pericos! ¡¡Venga acá!!

Por una oreja, Luis es arrastrado al interior, y por el fondo del foro, conducido al cuarto de los castigos. Lo arrojan dentro de un empujón. Alfonso lo ve llegar como quien ve una víctima del destino. Los dos se sientan y escriben hipócritamente por un momento. El cura los observa, luego sale. Luis se levanta, se pasea.

LUIS. ¡Vestida de azul! Tal vez no tenga un traje blanco... ¡O tal vez no tenga un traje negro! ¿Qué quiso decir con eso? Yo le expliqué bien: blanco para sí, negro para no. ¡Y sale de azul! Esa mujer es un enigma, pero yo la inmortalizaré, yo la poetizaré, yo la hermosearé aún más con mis cantares.

ALFONSO. [Sin dejar de escribir] Mejor antes escribe el castigo. Te faltan 700 frases de la primera y las otras mil que te acaban de dejar.

Con un suspiro de derrota, Luis se sienta a escribir. Luz de candilejas: entran la monja y el cura. Cambian el letrero por otro: "El idilio". Después, traen una barda [o la hacen bajar del telar] que dividirá el foro diagonalmente, cubriendo la habitación. Quedan así dos áreas de jardín [los niños traen las plantas]. De un lado habrá un tronco practicable, para que Lola se suba. Salen todos. Entran Luis y Alfonso con una escalera de burro. La ponen junto a la barda. Se sube Alfonso y ve hacia el otro lado. Luz de día: una mañana de sol.

ALFONSO. [Grita a una niña que no vemos] Dile que no se tarde porque se acaba el recreo... ¿Qué? [A Luis] Dice que hay varias Lolas, que cómo se apellida...

LUIS. No hay muchas Lolas. Hay una, la única. Se apellida Iriarte.

ALFONSO. [A la niña] ¡Iriarte! [Y baja la escalera]

LUIS. Tu hermanita... ¿es lista?

ALFONSO. Es bruta... Pero sabe dar recados.

LUIS. [Sube unos peldaños y se queda ahí, dudando] ¿Tú crees que vendrá?



ALFONSO. [*Sabio*] Puede que sí o puede que no.

LUIS. Tal vez me desdigna. . . Tal vez me lanza al abismo de la desgracia. ¡Y yo quiero elevarla con mi amor al. . . al. . . al inmenso de la inmortalidad!

ALFONSO. [*Dubitativo*] ¿Y tú crees que le gustará eso?

LUIS. ¡Claro! Si Dante inmortalizó a Beatriz, Petrarca a Laura, Tasso a Eleonora, Espronceda a Teresa, ¿por qué no he de immortalizar yo a Lola?

ALFONSO. No, claro. Inmortalízala.

LUIS. ¿No tengo yo acaso el aliento que ellos tenían? ¿No ha puesto Dios una lira entre mis manos?

ALFONSO. [*De mala fe*] Escalera se llama, no lira.

LUIS. [*Fastidiado*] Lira, porque soy poeta.

ALFONSO. Aaah.

LUIS. Y siento el amor purísimo que ellos presintieron y soñaron.

ALFONSO. Las liras son. . . así como guitarras.

LUIS. No. Son. . . así como. . . [*Trata de describirla con las manos, muy nebulosamente*] Son como. . . Pues tienen cuerdas y. . . Así como guitarras antiguas.

Sube unos peldaños, se asoma al otro lado y con la impresión casi se cae: Lola viene avanzando muy distraídamente, como si no fuera su propósito llegar. Luis casi se tira de la barda, le hace señas y saludos. Alfonso trata de ver y oír todo.

LUIS. ¡Lola! ¡Lola, viniste!

LOLA. [*Mustia*] Qué tal, Luis. ¿Cómo está usted?

LUIS. Leíste. . . ¿leyó usted mi carta? ¿La recibió?

LOLA. Me la dio usted mismo, cómo no la voy a recibir.

LUIS. Y. . . ¿la leyó?

LOLA. Ay, sí. Con mucho susto. Por poco lo ven dármele. Ya no lo vuelva a hacer.

LUIS. ¿Y qué me dice?

LOLA. Que ya me voy.

LUIS. No, oye. Oiga. Contésteme, por favor. [*A Alfonso, que está trepado en la escalera*] ¡Quítate, caramba!

LOLA. ¿Yo?

LUIS. No, Lola, no. Se lo digo a. . . Anda, vete para allá. Se lo digo a un tercero, faltar de. . . prudencia.

LOLA. Ah.

De mala gana, se retira Alfonso a un rincón.

LUIS. Os pedí que os vistierais de blanco para decir sí, o de negro para decir no. ¡Y te vestiste de azul! ¿Por qué?

LOLA. [*Juega con flores, con hojas. . .*] Sería, para. . . decir. . . ¡tal vez!

LUIS. ¡Lola! ¿Tengo esperanzas, entonces?

LOLA. ¿De qué?

LUIS. De — pues de que — [*Baja la voz sin querer*] Es que yo. . . te amo.

LOLA. ¿Qué dice?

LUIS. [*Grita*] ¡Que te amo!

LOLA. ¡Si gritas esas cosas, me voy!

LUIS. Estás muy lejos, por eso no me oyes. Acércate. ¡Ya sé! Súbete en ese tronco.

LOLA. Yo no, qué.

LUIS. Entonces, bajo yo. [*Va a saltar*]

LOLA. ¡No te vayas a bajar que está prohibido! ¡Si bajas, grito y me voy!

LUIS. No, no. Mira, sube un momentito y así ya podremos hablar en voz baja.

LOLA. Yo no subo.

LUIS. Entonces, bajo yo.

LOLA. De veras grito, ¿eh?, de veras.

LUIS. Si no subes, voy a correr por la barda, diciendo a grandes voces que amo a Lola. Y lo oirán todos.

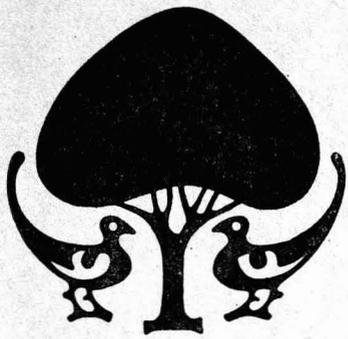
LOLA. ¡Ay, cómo va a ser! ¡Sólo que estuvieras loco!

LUIS. Sí estoy. ¿Quieres verlo? [*Amaga treparse al filo de la barda*]

LOLA. ¡No, no! Subo un poquito. Pero muy poco.

Y sube al tronco. Sigue Luis en lo alto de la escalera y ya están así muy próximos.

LOLA. ¿Y es cierto que escribes versos muy bonitos?



LUIS. Sí es cierto. Tú me los inspiras.

LOLA. ¿Yo?

LUIS. Sí. Te traje unos. ¿Los quieres? Son para ti.

LOLA. Ay, no sé. Claro, me gustaría verlos...

Luis saca el pliego de una bolsa, lo desdobra y lee:

LUIS. Las flores dan aromas,
las ondas mil rumores,
los sauces gemidores
su abrigo protector;
diamantes va regando
doquier el aura inquieta,
y el arpa del poeta
sus cánticos de amor.
He aquí, mujer, de mi arpa
los cánticos dispersos.
Son tuyos estos versos
de vaga inspiración;
escritas en mis horas
de dichas y congojas,
te traigo en estas hojas
¡mi ardiente corazón!

LOLA. [*Se ha quedado muda. Acierta apenas a murmurar*]
Ay... ay...

LUIS. Tú me los inspiraste. Son para ti.

LOLA. ¿Cómo se llaman?

LUIS. Mira. [*Muestra*]

LOLA. [*Lee*] "A Lola". Qué bonito...

LUIS. ¿Los quieres?

LOLA. Pues yo sí, porque están muy bonitos.

LUIS. Ten. [*Se los da*] Y... ¿qué me vas a decir? Ahora sí tienes que contestarme. [*Silencio. Ella lee con arrobamiento, moviendo los labios*] ¿No vas a contestarme?

LOLA. ¿Yo? ¿Qué cosa?

LUIS. Debes confesar... si me quieres. Y entonces ya seremos novios.

LOLA. A mí me da mucha vergüenza hablar de esas cosas y no te voy a contestar, porque yo no sé cómo contestarte. Ya me voy.

LUIS. Espérate. Si no quieres decirlo, puedes darme una señal, o una prenda.

LOLA. ¿Y eso cómo se hace?

LUIS. Pues... si me quieres... puedes darme algo tuyo, como... la cinta de tu pelo, para que yo la atesore toda la eternidad.

LOLA. Pues no, porque si te doy la cinta me despeino toda con el viento. Así es que ya me voy. [*Baja rápidamente al suelo*]

LUIS. ¡Lola, no te vayas!

Y ella, que iba a salir, regresa corriendo y haciendo señas aterradas de silencio y peligro. Ruido de pasos, de ramas... Luis se agacha velozmente, Lola hace como que busca algo en el suelo. Aparece muy cautamente la hermana Sara y observa a Lola con sospechas.

HERMANA SARA. [*Tras una pausa*] Lolita, ¿qué haces aquí?

LOLA. [*Finge sobresalto*] Ay, hermana Sara, no la oí llegar, qué susto me dio. Estoy buscando mi pelota nueva, rodó por acá. Pero no la hallo. Tal vez cayó en otra parte...

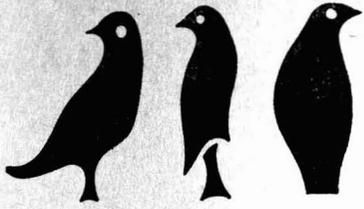
HERMANA SARA. ¿Por aquí cayó?

LOLA. Pues... por aquí o por allá, no sé bien.

Y buscando por el suelo, salen las dos. Luis se medio endereza, se asoma cautamente. Lola vuelve de puntitas, con el pelo suelto y algo en la mano: lo arroja hacia la barda, es una piedra: le da a Luis y lo hace ahogar un grito y derrumbarse de la escalera. Lola se tapa la boca y se va corriendo, muy alarmada. Luis queda tirado en el suelo, muy aporreado. Alfonso, alarmado va a ayudarlo. Luis desenrolla, de la piedra, la cinta de Lola.

LUIS. [*En éxtasis*] ¡Es la señal, mira! ¡Ella me ama!

Salen ambos. Luz de candilejas: entran monja y cura con niños, quitan la barda, la escalera y el tronco. El cuarto que fue de castigo es ahora la oficina del padre superior. El letrado es cambiado por otro: "El final del idilio". Salen todos, menos la monja. Entra el padre superior, ella se queda frente a él. Luz de tarde. En el balcón está la jaula con los dos periquitos. La hermana, con rostro sarcástico y duro, observa cómo el padre revisa unos papeles que obviamente le ha traído ella: él hace gestos expresivos de "a esto han llegado las cosas", "pero miren qué arranques del muchachito". Algo quizá lo divierte y va a sonreír, pero ve el rostro severo y escandalizado de la hermana y vuelve a la mueca severa.



PADRE SUPERIOR. Tráigame por favor a esa niña.

HERMANA SARA. Con mucho gusto, padre. Por eso pienso a veces que el teatro nada bueno acarrea.

PADRE SUPERIOR. La culpa es de nuestros padres, no del teatro.

HERMANA SARA. ¿Nuestros padres?

PADRE SUPERIOR. Los primeros, Adán y Eva. Y dígame al padre Macario que me traiga a ese jovencito.

Ella asiente, con mucha complacencia, indignada, y sale. El padre, solo ya, queda viendo los papeles y se divierte francamente. Luego suspira, va a la jaula, silba, mete un dedo, acaricia los periquitos... Por un mismo pasillo de la luneta vienen la monja y el cura, arrastrando a los niños de la mano. Suben al foro, los dejan ante el superior y salen. Éste se sienta, con rostro de inquisidor. Los observa. Ellos bajan la vista. Un silencio.

SUPERIOR. Adelante, señorita Iriarte. Adelante, señor Suárez. Bienvenidos. Acérquense. [*Ellos avanzan unos pasos*] He tenido unas noticias muy agradables. Me han ocasionado un gran gusto. He sabido que usted, señorita, y usted, señor son novios. Los felicito. [*Ellos se demudan*] ¿O estaré equivocado? ¿Será una noticia falsa? [*Levanta ostensiblemente los papeles que tiene en el escritorio*] En vista de que no lo niegan, puedo considerar: el que calla, otorga. Será oportuno, en primer lugar, hacerles unas advertencias: [*Ve un papel*] aromas perfuman mejor sin h; los sauces, con s y no con z, gimen más a gusto con g que con j. Y... [*Otro papel: a Lola*]: querer es con q, y no cerer como puso usted aquí. Y se anhela con h después de la n y no antes de la a. Entonces, en vista de que son novios y se quieren tanto, he decidido que sólo una cosa puede hacerse. Y la voy a hacer. Señorita, señor... [*Se levanta, muy imponente*] Voy a casarlos.

Pausita.

LUIS. ¿Eh? ¿Cómo dijo usted, padre?

SUPERIOR. Dije: voy a casarlos.

LOLA. ¿A... casarnos?

SUPERIOR. Son novios, ¿no? Pues los novios se casan, para eso son novios. ¿O para qué creen ustedes que sirve un noviazgo? Voy a casarlos hoy mismo.

Del terror, los niños están a punto de pasar al llanto.

LUIS. P - p - pero... [*Calla*]

LOLA. Ay, padre... ay, padre...

SUPERIOR. Ay, padre, ¿qué? Tengan la bondad de venir conmigo a la capilla, allí será el matrimonio.

LOLA. [*Rompe a llorar*] ¡Ay, no, padre, por favor, no vaya usted a casarnos! ¡Qué van a decir en mi casa! ¡Yo no me quiero casar!

SUPERIOR: ¿No quiso tener novio?

LOLA. ¡No, ya no! ¡Ya no quiero tener novio!

SUPERIOR. Pero él sí quiere tener novia.

LUIS. [*Entre el horror y la caballerosidad*] No, pues yo sí, claro, pero... Estoy algo joven para el matrimonio, creo que dentro de unos años...

SUPERIOR. [*Ruge*] No, señor, ahorita mismo.

LUIS. [*Reprime aún el llanto*] En mi casa... tal vez no estén de acuerdo. ¿Quién sabe qué irá a decir mi mamá!

LOLA. [*Se arrodilla*] ¡Ay, por la Virgen Santa le pido, padre: no nos case!

LUIS. ¿Qué irán a pensar en mi casa? ¿Qué va a decir mi papá? [*Llorando ya*] ¡Y mi mamá! ¡Se va a disgustar mucho!

LOLA: [*A gritos*] ¡Yo no quiero casarme, yo no quiero!

El cura los deja llorar, viéndolos con frialdad.

SUPERIOR. No veo otra manera de arreglar las cosas. A no ser...

Calla. Los dos paran de llorar y lo ven.

SUPERIOR. Podría yo no casarlos... con una condición. [*Ellos empiezan a asentir*] Que recibirá cada uno de ustedes seis palmetazos. ¿Están conformes?

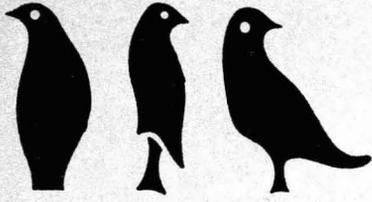
Ellos se ven: asienten. El superior toca una campanilla y la puerta se abre: es la hermana.

SUPERIOR. Hermana Sara, la palmeta por favor.

HERMANA SARA. Aquí la traigo ya. [*La entrega y sale*]

Una pausa. El superior con la palmeta [grande, llena de agujeritos] en la mano.

SUPERIOR. A ver, señorita: usted primero. Extienda la mano, por favor.



Lola, aterrada, empieza a extender lentamente la mano. De pronto, Luis se interpone.

LUIS. [Firme] Padre: deme usted a mí los doce. [El superior lo ve a la cara y él sostiene la mirada] Deme usted a mí los doce.

SUPERIOR. [Glacial] No me opongo. Extienda la mano.

Luis la extiende. Voltea la cara. Recibe el primer palmetazo. Uno a uno se cumplen los 12. Mientras, el llanto y el sufrimiento de Lola crecen progresivamente, hasta gritar casi, retorcerse las manos y gemir entre dientes: "Ya no, ya no," mientras se contrae como si le pegaran a ella. Luis se muerde los labios, aprieta los dientes, cierra los ojos.

El último palmetazo es dado. El superior deja la palmeta y ve a los niños:

SUPERIOR. Con esto, naturalmente, damos por terminado este noviazgo.

No parecen haberlo oído. Luis se limpia las lágrimas, ve a Lola, semisonríe a fuerza. Casi va a acercarse a ella, no se atreve. Ella sigue llorando.

SUPERIOR. [Toca la campanilla] Es todo. Pueden retirarse.

Se presentan los dos maestros. Toman a los niños. Van a salir. Luis ve la jaula:

LUIS. [La señala] ¿Cómo a éstos no les pega, eh?

SUPERIOR. ¿Qué dice usted?

Pero los niños rápidamente han salido y la puerta se cierra tras ellos. Por el fondo, monja y cura los han conducido a los extremos opuestos del proscenio: ahora salen por diferentes pasillos de la luneta, por la derecha y por la izquierda. Los niños aún tienen el impulso de verse, de hacerse señas, pero casi no se atreven a ningún gesto. Los custodios los arrastran severamente, van alejándolos por los dos extremos opuestos.

Con el rostro repentinamente vulnerado, melancólico, el superior camina unos pasos y va a la jaula, se la queda viendo...

Luz a la jaula y a él, penumbra creciente a lo demás... Y a punto de salir de la luneta, Luis se suelta del padre Macario y regresa corriendo al foro. Sube unos peldaños, sin llegar hasta arriba. Desde ahí:

LUIS. [Casi a gritos, con la voz muy quebrada] Soy un poeta.

Y por eso, porque soy un poeta, ¡sé que de aquí a cien años se sabrá esto! Y se dirá tu nombre, Lola, Lola Iriarte. Y se sabrá nuestra pasión. Se sabrá. Porque soy un poeta. Y se sabrá... [Señala acusadoramente al padre superior] Se sabrán otras cosas. Se sabrán. Y se sabrá mi nombre. El de usted, no: el mío. Lo dirán gentes que no imagino, que vestirán extraordinariamente, en otros sitios o aquí. Y se dirá mi nombre: en verdad: el mío. Y se dirá el de ella: Lola Iriarte. Se dirá porque lo he prometido y así se cumplen las promesas de los poetas. Se dirá porque los sentimientos bellos viven más allá de nosotros, y cuentan y pesan en el esplendor del Universo. Y porque allí, en el esplendor del Universo, las promesas de los poetas se respetan, aunque a veces no lo sepamos ni siquiera nosotros mismos. Se respetan. Y se dirá tu nombre, Lola Iriarte. Se dirá. Porque soy eso, un poeta. Eso soy.

Se le fue ahogando la voz. El padre Macario, furioso, viene y se lo lleva. Luis cuida y sostiene su mano lastimada. Salen también la hermana Sara y Lola. Luz muy tenue a la jaula, y al rostro del padre superior. Oscuridad... Sólo quedan las candilejas encendidas...

TELÓN

